

Ser vistos: la mirada que reconoce

Diversidad sexo-afectiva y pastoral desde la vista

Pbro. Hugo Alvarez

El Evangelio narra un gesto simple y, al mismo tiempo, profundamente transformador: Jesús levanta la mirada y ve a Zaqueo subido a un árbol. Entre la multitud, entre tantas personas, lo distingue. No lo reduce a su historia, no lo define por lo que otros dicen de él. Lo ve. Y al verlo, lo llama.

Ser visto no es lo mismo que ser mirado. Podemos estar expuestos a muchas miradas y, sin embargo, no ser realmente reconocidos. Ser visto implica que alguien se detiene, que alguien percibe nuestra dignidad más allá de etiquetas, prejuicios o expectativas.

Es una experiencia profundamente humana: todos necesitamos ser vistos para sentir que existimos con valor.

En la experiencia de muchas personas LGBTIQ+, esta dimensión ha sido especialmente herida. No siempre faltaron miradas; muchas veces sobraron. Miradas que juzgan, que clasifican, que sospechan. Miradas que reducen la identidad a un problema o a una categoría incómoda. O, en otros casos, miradas que simplemente no ven: que invisibilizan, que hacen como si ciertas vidas no estuvieran presentes en la comunidad.

Cuando eso sucede en espacios de fe, la herida se vuelve más profunda. Porque no solo está en juego la relación con otros, sino también la percepción de Dios. ¿Cómo creer en un Dios que ve con amor, si la comunidad que lo anuncia no sabe mirar de esa manera?

Volver al modo de mirar de Jesús implica una conversión. Él no mira desde la sospecha ni desde la norma. Mira generando posibilidad. Su mirada no encierra a las personas en lo que fueron o en lo que otros dicen que son, sino que abre un horizonte nuevo. Ver, en el Evangelio, es un acto creador: al ser vistos por Él, las personas recuperan su lugar, su voz, su dignidad.

Esto tiene consecuencias concretas para una pastoral de la diversidad. No alcanza con “tolerar” o “aceptar” en abstracto. Se trata de revisar nuestras miradas cotidianas: cómo miramos, desde dónde miramos, qué prejuicios se filtran incluso sin darnos cuenta. Y, sobre todo, a quiénes no estamos sabiendo ver.

Una comunidad que aprende a mirar como Jesús es una comunidad donde las personas LGBTIQ+ no tienen que esconderse ni justificarse para ser parte. Donde sus historias no son un problema a resolver, sino una realidad que merece ser reconocida y acogida. Donde la visibilidad no es exposición forzada, sino posibilidad de existir con verdad.

La mirada, entonces, se vuelve un espacio espiritual. No es neutra. Puede herir o puede sanar. Puede excluir o puede abrir caminos. En ella se juega, muchas veces de forma silenciosa, el acceso real a la comunidad.

Quizás el primer paso de una pastoral verdaderamente encarnada no sea hacer grandes declaraciones, sino aprender a mirar de otro modo. Detenernos. Levantar la vista. Reconocer.

Porque, como muestra el Evangelio, a veces todo empieza ahí: en alguien que, por fin, es visto.

¿A quiénes no estamos sabiendo ver hoy en nuestras comunidades?